

TRABAJO, BUROCRACIA, ORGANIZACION SOCIAL

En la sociedad industrial avanzada de estructura tecnológica aparecen fenómenos cuya novedad está destinada a sembrar un nuevo tipo de confusión en la mente de quien quiera formular leyes de orientación de acuerdo con los cambios profundos en curso de realizarse. El análisis de esta sociedad nueva, proyecta todo lo anterior en lo que Marx había ya llamado en su tiempo, «prehistoria de la sociedad humana». La índole y la radicalidad de las mutaciones hacen difíciles diagnósticos sociológicos adecuados. El escepticismo en torno a las implicaciones sociales aumenta. Los hombres se apartan cada vez más de los sistemas y las explicaciones globales, de las «verdades absolutas» en el campo del progreso y de la evolución de la sociedad. Y, sin embargo, la tiranía de los dogmas no se ha acabado. Sistemas que pretendían, por el absoluto rigor de su formulación, preparar la felicidad de los hombres sobre la tierra, después de haber fracasado en amplia escala, pretenden volver a ofrecer soluciones en términos renovados, recurriendo a los eternos caminos por los cuales opera siempre en la historia, la «astucia de la razón» hegeliana.

En su último libro, Milovan Djilas, nos ofrece dos ejemplos, expuestos con el patetismo de su estilo personal que impresiona por su sinceridad, por su intensa y libre búsqueda de la verdad, después de haber hecho la experiencia de todos los dogmas en materia social, política y humana, que definen admirablemente la situación del mundo ante la evolución del marxismo leninismo (1). Djilas es un espíritu profundamente conmovido por las nuevas formas de alienación que se presentan precisamente en la sociedad comunista en su estadio actual, tan avanzado según él, que está en el punto abismal de su propia consunción. De todas las profecías de Marx, la mayor parte de ellas incumplidas, aunque nadie puede negar a su autor el mérito de hacer de la nueva sociedad tecnológica en movimiento, un objeto de búsqueda y estudio lo más riguroso posible, de todas las previsiones del padre del comunismo,

(1) Cfr. MILOVAN DJILAS: *Une Société imparfaite. Le communisme desintégré*, Calmann Lévy, París, 1964, 291 págs.

Djilas hace más suya por ser más humana la teoría de la alienación del hombre. «Sin querer lanzarme aquí ni hacia una refutación, ni hacia una aprobación de esta doctrina, que tropieza con numerosas contradicciones dialécticas, pero que inspira, al mismo tiempo, un humanismo auténtico, quisiera decir solamente que Marx revela aquí, como en muchas afirmaciones suyas, una verdad sobre el hombre: la fuerza irresistible que le empuja a este ser razonable a alienarse del mundo, a compensar esta alienación por su propia actividad creadora, verdad que Marx reduce a su aspecto histórico a saber al modo de producción de bienes» (2). Djilas se levanta con incontenible indignación contra los que, fieles a un «comunismo infalible» han identificado «la forma histórica de la alienación» que Marx propusiera, «con su contenido eterno», y han llegado a la conclusión de «que la alienación del trabajador, hecho cuya existencia es tan innegable en el sistema comunista, como en el sistema capitalista, puede ser transformada de un día a otro en libertad, suprimiendo los intermediarios entre el productor y el producto». Se pregunta, en estas condiciones Djilas, qué quedaría del comunismo y de Marx, «si no pueden ser salvados y restaurados más que por la doctrina marxista de la alienación, la más humanitaria de sus concepciones, sin duda, pero también la más utópica. ¿En este caso, por qué no volver a Hegel? ¿O al mito de la edad de oro y de la inocencia?».

En efecto, la crisis provocada por las antinomias de la gran sociedad tecnológica, parece en una primera instancia ofrecer nuevas posibilidades a los «restauradores» del marxismo. Son ellos los que denuncian más que nadie las nuevas formas de alienación y los males de la sociedad de consumo. Rotas todas las profecías y las promesas en los acantilados de las trágicas experiencias consumadas, se vuelve a las motivaciones idealistas del marxismo, se redescubre una y otra vez al joven Marx, y en función de las dificultades de la hora presente, dentro de la sociedad capitalista y de la sociedad comunista, ambas tecnocráticas, ambas dominadas por clases poderosas de *managers*, ambas orientadas hacia la sociedad de consumo y la cultura de masas, surgen los restauradores del marxismo leninista, en los órdenes más dispares de actividad. Basta citar, como ejemplo, en materia de creación, el lanzamiento de una tercera etapa de la revolución sindicalista en Francia, hecho recientemente por la revista *Tel Quel*, que se define marxista leninista, pero en desacuerdo con el partido comunista francés, víctima de la experiencia stalinista y de los mitos de la tecnocracia (3). Se apela a nuevas formas de lucha de clases en Francia y en el mundo, «al movimiento de reivindicación de mayo-

(2) *Ibid.*, pág. 69.

(3) Cfr. *Tel Quel*, núm. 46, París, verano 1971, págs. 101-102.

junio 1968», a «la crisis sin precedentes de la Universidad», al «impacto general de consecuencias catastróficas de la guerra de agresión», a «las consolidaciones del campo socialista a través de sus contradicciones», a «la inmensa contribución teórica y práctica, nueva, de la primera revolución cultural china», a la «necesidad cada vez más grande de una lucha ideológica reforzada a todos los niveles, sobre la base del marxismo-leninismo», lucha en la cual los intelectuales «están llamados a desempeñar un papel dialéctico activo por poco que se inscriban en la línea revolucionaria de la clase obrera.

* * *

El enemigo principal sigue siendo la burguesía. Los elementos «restauradores» la identifican en grande con la sociedad capitalista, pero muchos de ellos saben señalarla en la estructura de la «nueva clase» de la sociedad comunista o neocapitalista. La nueva clase, de mentalidad neoburguesa y de estructura burocrática y tecnocrática, ha sido definida y estudiada por intelectuales de procedencia y profesión de fe marxista, en los últimos años, tales Djilas, Garaudy, Marcuse. Contra muchos de sus males se levantó la trágica y triste experiencia de la primavera de Praga. Ella es objeto de los ataques de los más valientes intelectuales del universo socialista, entre los cuales destaca el gran escritor Alejandro Soljenitzin. Pero el tema no es de ahora. Fue sometido a un riguroso análisis hace años por Nicolás Berdiaev en sus estudios sobre el comunismo ruso (4). Vale la pena desenterrar los juicios de Berdiaev, en una época tan aprisionada en el «actualismo» como la nuestra. Años antes que los «transfugas» de la disciplina comunista, el filósofo ruso llegó a las raíces del nuevo espíritu burgués compenetrado con los intereses y la mentalidad de la nueva clase, burocrática, del comunismo. Naturalmente, a Berdiaev le faltaba aún la perspectiva en que pudieran colocarse, una generación más tarde, espíritus tan penetrantes en esta materia como Garaudy, Marcuse o Djilas. Pero lo esencial está allí, en sus análisis. Quizás algo deformado por su aversión ontológica hacia el espíritu burgués, e incompleto, por ignorar los diagnósticos sociológicos de Max Weber sobre las características de la burocracia, como clase absoluta de la sociedad tecnológica. Bardiaev fue el primero en señalar el carácter específico del comunismo de Lenin con respecto al marxismo, y los lazos que une la revolución soviética con algunas raíces particulares de la tradición revolucionaria rusa. Ve

(4) Cfr. NICOLÁS BERDIAEV: *Les sources y le sens du Communismo russe*, 3.^a edición, Gallimard, París, 1951, 250 págs.; *De l'Esprit bourgeois*, Delachaux et Nestlé, Neuchâtel, París, 1949, pág. 136.

en Tkachev, partidario de una supremacía de una minoría revolucionaria preparada sobre la mayoría, del terror y del Estado fuerte, un precursor de Lenin. Los precursores de Lenin, no fueron Marx y Engels; al contrario, estos últimos fueron «unos *mencheviques*, cualquiera que sea el esfuerzo que hagan los bolcheviques para disimularlo. El verdadero *bolchevique* fue Tkachev. Bolchevique también Netchaev y, parcialmente, Bakunin, a pesar de haber rechazado el poder y la organización» (5).

Insertada en la tradición revolucionaria rusa, la revolución comunista en Rusia fue llevada a cabo por una minoría profesional. Trotsky previene, desde 1905, a Lenin contra el poder que iba a tener esta minoría, convertida dentro del Estado en una clase de burócratas todopoderosa. Prevención que aparece de un modo aún más patente en lo escritos de Rosa Luxemburgo contra la organización revolucionaria bolchevique, según su tesis célebre, que Lenin rechaza: «La libertad es siempre libertad de quien piensa de un modo diverso» (6). Lenin defiende con fuerza implacable la organización revolucionaria por él mismo creada. Y la defiende hasta el final, a pesar de que se da cuenta de los grandes peligros de la burocracia en el Estado soviético. En 1921, Lenin tuvo que decir: «Nuestros soviets deben funcionar para hacer el socialismo a la vez *para* el pueblo y *por* el pueblo; pero con la deformación burocrática que sufre nuestro Estado, los soviets pueden acaso continuar a construir el socialismo *para* el pueblo, pero ya no lo construyen *por* el pueblo». En realidad, como observa Garaudy, los gérmenes del stalinismo dictatorial y tiránico aparecen en 1920 cuando se pretende ejercer la dictadura del proletariado, en ausencia del proletariado. ¿Quién la ejerce? Un proceso que se presenta como un «peligroso deslizamiento»: «el partido ha hablado en nombre de la clase, luego el aparato en nombre del partido, la dirección en nombre del aparato. Al límite, un solo hombre habla en nombre de la dirección» (7). Exactamente lo que había previsto Trotsky quince años antes. Pero la crítica de la burocracia naciente en Rusia comunista, no se puede aislar de la crítica de la burocracia como fenómeno específico de la sociedad tecnológica, como veremos más adelante. La burocracia aparece en Rusia sólo en parte como consecuencia de la organización creada por Lenin y su mentalidad «blanquista». Ella se debe a la inserción de un nuevo espíritu burgués en la clase dirigente soviética. A la creación de una mentalidad tecnocrática, que es el signo del tiempo y que se irá acentuando con los años y el creci-

(5) BERDIAEV: *Les sources et le sens du communisme russe*, cit., pág. 99.

(6) Cfr. ROSA LUXEMBURGO: *Die russische Revolution*, Ed. Gesellschaft und Erziehung, 1922.

(7) Cfr. ROGER GARAUDY: *Reconquête de l'espoir*, Grasset, París, 1971, pág. 62.

miento de la tecnología. El fenómeno de la «convergencia» de la sociedad capitalista y la nueva sociedad rusa, se anticipa con treinta años a la célebre fórmula de Duverger, al aparecer por primera vez una burguesía, en forma de clase revolucionaria, en una Rusia que nunca había conocido el fenómeno burgués. Con una de las caras específicas del proteico capitalismo condenado por Marx, nace y se desarrolla la nueva clase en el primer país destinado a poner en práctica la revolución marxista. A este tema nos referíamos con cierta holgura al ocuparnos de «burocracia y comunismo» en un artículo integrado en nuestro libro *Conversaciones actuales* (8).

Es muy curioso hasta qué punto la burocracia ha sido la gran fatalidad del comunismo. No ha hecho falta llegar a Djilas y a Garaudy, a Marcuse, a Kosik, para que el universo socialista denunciara este terrible mal de los tiempos, mal de todos, sin duda, pero que amenaza en sus raíces toda posibilidad de ofrecer un rostro humano al comunismo.

En su *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Marx se expresa con gran claridad sobre este punto: «La burocracia posee la sustancia del Estado, el cual se convierte en objeto de su propiedad». Años más tarde, Lenin denunciaba, a su vez, el mal: «Nuestro Estado es un Estado obrero que presenta una deformación burocrática». Marcuse centrará su estudio del marxismo soviético en la clase burocrática y su estructura peculiar. Djilas ve en la burocracia la causa misma del anquilosamiento de la sociedad marxista, su definitivo acabamiento como sociedad libre.

Al tema consagra Roger Garaudy la parte más enjundiosa de su célebre libro *La gran vuelta del socialismo*. Garaudy quiere permanecer a toda costa dentro de la ortodoxia marxista. Afirma rotundamente que el régimen capitalista no podrá asegurar la autonomía, la no alienación del trabajador, en plena revolución científica y tecnológica de la producción. En régimen capitalista, el crecimiento de la economía tecnológica llevará consigo un aumento indefinido del proceso de la alienación. ¿Pero es, acaso, distinta la situación en el régimen socialista de la producción? Desde luego, no, afirma Garaudy, mientras el Estado, la burocracia, sea propietario y gestor de los medios de producción. Entre el Estado socialista y los monopolios capitalistas no parece existir, desde este punto de vista, ninguna diferencia fundamental. Garaudy admite que el Estado desempeñe, al mismo tiempo, un papel revolucionario y un papel de gestión, en la fase inicial del llamado «comunismo de guerra». Más allá de esta fase, contradicciones radicales surgen. La burocracia comunista, titular de la gestión de los medios de producción, pese a no ser ni su propietaria, ni poseer títulos hereditarios en la propia gestión, hace que la

(8) Cfr. GEORGE USCATESCU, Editora Nacional, Madrid, 1971, págs. 203-205.

sociedad comunista no sea capaz de adaptarse a la nueva revolución científica y técnica, que exige una participación más vasta, y más amplias iniciativas creadoras y responsabilidades. Esta misma situación perpetuada, hará que la alienación continúe, en lo que se refiere a los trabajadores asalariados del Estado.

No hay diferencia ontológica entre propiedad del Estado y otro tipo de propiedad. Por tanto, el Estado revolucionario no debe, en puro respeto de la regla, abolir la propiedad y convertirse eternamente en propietario y gestor de los medios de producción, sustituyendo así el papel de los trabajadores. La verdad es que el Estado soviético nunca ha podido salir de las antinomias que señala Garaudy. Su burocracia es detentadora de todo tipo de poder, y la revolución tecnológica no hace sino agravar las cosas. Ella rechaza la idea de al participación y gestión de los trabajadores, manteniendo la dolorosa, vasta herencia de alienaciones, según el eterno eufemismo tan caro a la filosofía marxista.

* * *

¿Qué es la burguesía, el espíritu burgués? «La idea de una racionalización absoluta de la existencia, de una armonía social perfecta, es una idea burguesa», dirá Berdiaev. El arquitecto de la torre de Babel es un burgués. El socialismo es burgués según el espíritu (9). Al crear una minoría organizada en base a una disciplina férrea, inspirada en una concepción del mundo *integral* que deriva de los principios revolucionarios formales del marxismo, Lenin crea «el modelo de organización futura de Rusia. Efectivamente, Rusia ha sido organizada a su imagen. Rusia entera, todo el conjunto del pueblo ruso han sido sometidos no solamente a la dictadura del partido comunista, sino a la dictadura que el dictador comunista ejercía hasta sobre su pensamiento y su conciencia. Lenin negaba la libertad hasta del partido, y esta negación se extendió al país entero» (10). Se unía así el espíritu de la tradición revolucionaria de la *inteliguentzia* rusa y el despotismo asiático del Estado ruso tradicional, que el propio Marx había puesto en la picota, con el vigor polémico que le caracterizara. Así aparece el bolchevismo «como síntesis de Iván el Terrible y de Marx». «Lenin —afirma Berdiaev—, volvió a la vieja tradición del pensamiento revolucionario ruso, proclamó que el retraso industrial de Rusia, el carácter embrionario de su capitalismo, constituía una ventaja notable a favor de la revolución social. No conviene tener

(9) BERDIAEV: *De l'esprit bourgeois*, cit., pág. 53.

(10) BERDIAEV: *Sources et sens du communisme russe*, cit., págs. 163-164.

que enfrentarse con una burguesía fuerte y organizada. Lenin está obligado a repetir lo que había dicho antes Tkachev y no lo que había dicho Engels. El bolchevismo es más tradicionalista de lo que se piensa; permanece de acuerdo con el proceso histórico original ruso. A través de él se ha producido una rusificación y una orientación del marxismo» (11). Sale al primer plano el problema del poder. Pero la propia organización se basa en un nuevo tipo de hombre, y crea, a su vez, un nuevo tipo humano. Este nuevo tipo constituiría la clase que integrará a los funcionarios del partido y del Estado. Con ella, contra toda previsión marxista, se establecerá la primacía de la política sobre la economía. Nace una poderosa burocracia, que ejerce la explotación de clase en «formas absolutamente nuevas». «La dictadura del proletariado, al reforzar el poder gubernamental, desarrolla una burocracia colosal, invadente, la cual, como una telaraña, recubre todo el país. Burocracia soviética, más fuerte que la antigua burocracia zarista, es una clase privilegiada, nueva, que, a su vez, puede explotar cruelmente las masas populares» (12). Esta nueva burocracia está inspirada, según Berdiaev, en las características del espíritu burgués al estado puro. El nuevo tecnócrata soviético es un «burgués conquistador despiadado», que profesa «la religión del poder y de la felicidad terrestre», que «busca por doquier estar en primera fila», que ama la «situación», tiene «sed de dominio», infatuado sin límites de su poder. Se trata del nuevo burgués, cuya primera característica consiste en aparentar el «odio a todo lo que es burgués». «Socialista y revolucionario» primero, en cuanto se afianza en el poder se manifiestan en él «los rasgos eternos del burgués». Es un tipo humano nuevo que caracteriza no solamente al tecnócrata soviético, sino que se extiende por todas partes, y alcanza su máxima plenitud «en el punto culminante de la civilización europea y mundial» (13).

La «nueva burguesía» que Berdiaev perfila como clase mundial en una determinada etapa de la sociedad industrializada, presenta sus nuevas características, en primer lugar, dentro de una sociedad que quiso construir sobre las ruinas de la burguesía. Pero en Rusia tales ruinas no existieron, porque no existió la burguesía en el sentido marxista de la palabra. Por eso Berdiaev, ve, con razón, en la revolución de Lenin, en primer lugar, una revolución agraria. Agraria será, igualmente, la revolución de Mao. En este espíritu, Berdiaev profetizará que el comunismo no vencerá en los países industrializados, como lo había predicho Marx, sino en los países agrarios, Rusia y los países de la Europa oriental, China y la India. La nueva burguesía nace en

(11) *Ibid.*, pág. 145.

(12) *Ibid.*, pág. 147.

(13) BERDIAEV: *De l'esprit bourgeois*, cit., págs. 50-51.

Rusia a medida que aquel país se encamina hacia una sociedad industrializada, o «electrificada», como diría Lenin. Será una clase burocrática, como lo es hoy en proporción creciente, en las sociedades tecnológicas avanzadas. Marcuse ha trazado los rasgos comunes que caracterizan hoy en día los «grandes sistemas» del mundo (14), integrándolos en una «tendencia universal de la sociedad tecnológica». Existe una fuerte «corriente de asimilación» entre ambos sistemas. Ambos participan de los «rasgos comunes» de la civilización industrial más reciente: centralización y limitación creciente de la Empresa individual y la autonomía del individuo; competencia organizada y racionalizada; ejercicio conjunto del poder por burocracias económicas y políticas; manejo de los problemas mediante los «mass media». En el centro del problema está el drama del trabajo, que coincide con el creciente drama de la condición humana. La revolución que sentara sus bases ideológicas, en la liberación del hombre, haciendo suyo su propio trabajo y los medios de producción, en la desalienación conjunta del trabajador y del producto de su obra, ha llegado a un callejón sin salida, asimilando sus términos a la misma esencia del capitalismo, pero sin ofrecer siquiera las ventajas de la tecnología capitalista: la creación de una sociedad del beneficio y del consumo material.

* * *

El análisis que Marcuse hace del proceso racionalizador y del mecanismo que ha llevado a esta situación es justa y compartida por todo el mundo, inclusive por la autocrítica que de cuando en cuando los mismos políticos dirigentes de los Estados comunistas hacen, en las polémicas que surgen entre uno u otro grupo en lucha por la conquista del poder. Los objetivos de la edificación del socialismo han sido, de acuerdo con las tendencias universales de la sociedad tecnológica y la industrialización total a base de la nacionalización de la producción a través de sistemas prioritarios de producción; colectivización de la agricultura; mecanización del trabajo con tendencia a asimilar el trabajo industrial al trabajo agrícola; aumento del nivel de vida; instauración de una «moral universal del trabajo»; conservación del aparato del Estado, etc.; paso del socialismo al comunismo. En la realidad de las cosas, el proceso se traduce en líneas generales en una subordinación «del hombre al trabajo socialmente necesario, pero individualmente opresivo, de modo que el progreso técnico equivale a un progreso de la dominación». «La

(14) Cfr. HERBERT MARCUSE: *Le marxisme soviétique*, Gallimard, París, 1963, páginas 99 y sig.

oposición no es sólo un crimen político, sino igualmente una aberración técnica, un sabotaje que destruye las máquinas. La razón no es sino la racionalidad del todo, a saber el funcionamiento ininterrumpido y el crecimiento del potencial productivo. La armonía entre el interés particular y el interés general, entre las necesidades del hombre y las de la sociedad, permanece en estado de promesa» (15). El aparato económico y político crea un vasto conformismo irracional que deshace de plano los términos racionales de la «realización de la razón» en el Estado ideológico de tipo soviético. De ahí nace un dogmatismo rígido, una mezcla de criterios marxistas y capitalistas, de tipo pragmático, una deformación constante del lenguaje ideológico y político, manejo a capricho de elementos mágicos en un contexto de un sistema con pretensiones científicas, un crecimiento de la función represiva de los detentadores del poder aplicado en materia de trabajo y economía.

En este contexto, las contradicciones internas del comunismo siguen. Ora son reconocidas por los propios dirigentes, Stalin entre ellos, ora son consideradas en vía de superación, ora reconocidas de nuevo. Se está cada vez más lejos de la fórmula de Engels, en torno a la «desaparición» del Estado. Estas contradicciones internas parten de una antinomia de base: el socialismo no se ha instaurado en su contexto capitalista industrial previsto por Marx, sino en unos países atrasados desde el punto de vista industrial, técnico y económico, como Rusia, China y los países de la Europa oriental. Pero estas mismas contradicciones demuestran que el marxismo leninismo que pretende técnicamente ser un problema económico, acaba siendo exclusivamente un problema de poder. Se produce el fenómeno de «degenerescencia» del marxismo revolucionario, que consiste en la propiedad colectiva de los medios de producción bajo forma de propiedad de un Estado centralizado, burocrático, totalitario (16). Estamos a mil leguas de la «asociación libre de trabajadores», enunciada por Marx, y del principio fecundo de la iniciativa creadora y de la responsabilidad en el dominio de las fuerzas económicas. «El socialismo —escribe Garaudy—, a saber la abolición de todas las formas de alienación, exige, como lo enseñara Marx, que el trabajador pueda participar realmente en la elaboración y la toma de decisiones, en lo que atañe al campo de la plusvalía, la finalidad de la Empresa, la organización del trabajo» (17).

¿Qué ha hecho, en cambio, el socialismo en la práctica? Ha abolido la propiedad privada de los medios de producción, considerándola como «un fin en sí», sin abolir «ni el asalariado ni sus alienaciones». Teóricamente, el

(15) Cfr. MARCUSE: *Ibid.*, pág. 109.

(16) Cfr. GARAUDY: *Reconquête de l'Espoir*, cit., pág. 63.

(17) *Ibid.*, pág. 64.

marxismo soviético sigue considerando tal cosa una «anomalía» transitoria, debido a la supervivencia del capitalismo en el mundo. Pero el Estado autoritario y burocrático, no es una simple «necesidad» o «etapa» para alcanzar el socialismo, sino la garantía misma de este fin. Garantía que consiste en identificar doctrinalmente el Estado soviético con su clase burocrática dirigente, con su estructura y privilegios específicos. Los técnicos, los especialistas, los directores y sus privilegios, constituyen un hecho formalmente reconocido (18). «En el problema del desarrollo del Estado, el factor decisivo no son simplemente los privilegios de la burocracia gubernamental, su importancia numérica y su carácter de casta, sino la base y la extensión de su poder. Es evidente que la burocracia tiene un interés vital en el mantenimiento y el refuerzo de su posición privilegiada. Es igualmente evidente de que existen conflictos entre diferentes grupos en el seno de la burocracia.» «Existe una *inteliguentzia* reconocida. Una distinción entre trabajo físico e intelectual, que Marx rechazaba utópicamente. Existe división del trabajo, en cuyo ámbito la burocracia desempeña su papel. El carácter esencial de la burocracia es político. Ella se integra en un principio de poder y participa en sus grupos y divisiones, en la lucha constante por el poder. Política y económicamente, ella no es detentadora de la propiedad de los medios de producción, sino de algo más eficiente en el ámbito de la sociedad tecnológica: de su control y su gestión.» «Es el control y no la propiedad el factor decisivo», escribe Marcuse.



Los que critican la situación «desde dentro», han adoptado, a su vez, actitudes dispares, cuya gradación depende psicológicamente de la índole del desengaño ideológico sufrido. Djilas ha llegado, en etapas sucesivas, a una situación límite. Nadie puede dar ya una interpretación marxista en sentido estricto al mundo y la sociedad contemporánea (19). Seguir dándola significaría aumentar una teoría llena ya de «sofismas y absurdidades». La sociedad comunista ya no podía salir del callejón de las contradicciones en que se encuentra, precisamente, en el campo de la alienación del trabajador, del dominio gestor de la burocracia. «La ironía de la situación no proviene del hecho de que el comunismo ha roto con el marxismo, sino que proviene también del hecho de que, si confiamos en Marx, es imposible que una sociedad que vive en régimen comunista salga de su situación y de las absur-

(18) Cfr. MARCUSE: *Le marxisme soviétique*, págs. 142 y sig.

(19) DJILAS, Op. cit., pág. 162.

didades en que ha caído» (20). Las mismas ideas, fenómenos sociales, dificultades y proyectos económicos se encuentran en la sociedad capitalista y en la socialista. Garaudy, a su vez, se halla aún en una situación intermedia. En una fase en que quisiera salvar no sólo a Marx, sino al propio Lenin, que fue, en realidad, el creador del sistema soviético. ¿Con qué fin? Para poder hablar aun, pese a todas las experiencias negativas, a diferencia de Djilas, de un nuevo, posible modelo de sociedad socialista, sin burocracia autoritaria y sin alienaciones. Para ello, se descubren textos de Lenin, los cuales fueron escritos antes de la «perversión» stalinista. Se nos dice que «Lenin temía fuertemente la burocratización del sistema y luchaba sin descanso» para la liberación de las fuerzas del trabajo y «el despliegue de la iniciativa histórica de las masas». Se cita a Lenin cuando escribía: «Llevad a las masas a una participación efectiva, directa, general, en la gestión del Estado; allí y solamente allí está la garantía de la victoria completa de la revolución».

Considerando un modelo a seguir, la experiencia de la «Comuna» de París, más fiel a Proudhon que a Marx, Garaudy condena el sistema de la gestión de la economía por el partido y sus cuadros, la centralización, el autoritarismo y la planificación económica. Para concluir: «El partido se transforma en órgano del Estado, y la degeneración de la democracia socialista comienza. Cuando la propiedad del Estado es la única forma de propiedad social, cuando los organismos dirigentes consideran la economía entera como un solo trust gigantesco en manos de la burocracia que prolifera sin cesar, cuando el plan está elaborado enteramente desde lo alto, ya no se pueden tomar decisiones a escala inferior, y los soviets dejan de ser estos órganos vivos, que deliberan y actúan, creados según el ejemplo de la Comuna de París» (21). Al igual que la sociedad capitalista, o más que ella, la sociedad comunista se orienta hacia contradicciones extremas. La organización científica y técnica, se opone cada vez más a la «autonomía» del trabajador. Ni el Estado capitalista, ni el socialista se muestran capaces de modificar radicalmente las relaciones de producción. En el modelo socialista, hasta ahora, se ha visto que es imposible instituir una propiedad social de los medios de producción que no pertenezca, en forma de control o gestión a grupos burocráticos continuadores de la explotación del trabajo colectivo. Que es imposible «una adaptación a la nueva revolución científica y técnica» que requiere iniciativa, espíritu creador, responsabilidad. Que es igualmente imposible la desalienación del trabajador que sigue siendo asalariado del Estado (22). En busca de mo-

(20) *Ibid.*, pág. 162.

(21) Cfr. ROGER GARAUDEY: *Le grand tournant du socialisme*, Gallimard, París, 1969, páginas 105-106.

(22) *Ibid.*, págs. 173-175.

delos socialistas nuevos, Garaudy examina el modelo yugoslavo de gestión, que el propio Djilas rechazó como inoperante.

El problema esencial consiste en que la burocracia comunista no es una simple clase poseedora de la gestión de los medios de producción. Es, por encima de todo, una clase política, que es detentadora de la soberanía y de los recursos del poder. Su sistema es el terror, no como sistema de «urgencia», sino como «sistema normal». Es, según la plástica fórmula de Marcuse, el sistema de la «violencia» imprevisible. «En el Estado soviético, aclara Marcuse, el terror tiene una naturaleza dualista: técnica y política. Al nivel técnico y económico, se sanciona la ineficiencia, la insuficiencia de resultados. Lo mismo pasa con toda forma de no conformismo: las actividades, opiniones y comportamientos políticamente sospechosos y peligrosos.» El terror se torna elemento técnico y constituye la estructura de la gestión totalitaria. La lucha entre grupos de presión recurre a sus términos, y sus términos dictan los contenidos prácticos o ideológicos de la política. El terror dicta la esencia de los privilegios de la clase dirigente, su adquisición y su pérdida. En función del terror varias formas de burocracias crean corrientes divergentes, que llevan, todas, en definitiva, a la lucha por el poder estrechamente unida a la lucha por la propiedad o simple detención de los medios de producción y gestión. También la lucha por las prioridades de la industria pesada o ligera, de los bienes de equipo o de consumo, encubre la lucha por el poder entre grupos de burócratas que equivalen a lo que suelen llamar en la sociedad de hoy grupos de presión.

* * *

La extensión de la esfera de acción de la burocracia y del número de sus componentes, no altera su inspiración en normas y principios de gran rigidez. Su estructura ha permanecido la misma, desde que el stalinismo la creó y la perpetuó, insertándola en la vida misma del régimen. Sin embargo, Marcuse intenta destacar la orientación de una «política general», cuya naturaleza no puede ser modificada por los intereses particulares de la burocracia. «La burocracia constituye una clase separada que ejerce el poder sobre la población subyacente gracias al control del aparato económico, político y militar, y el ejercicio de este control produce una serie de intereses particulares que se afirman gracias a él; sin embargo, ellos deben conciliarse con la política general (y, finalmente, ceder ante ella), y ninguno de estos intereses particulares puede por sus solas fuerzas modificarlas» (23). Cosa que llevará a

(23) MARCUSE: *Marxisme Soviétique*, cit., pág. 155.

Marcuse a considerar, sí, a la burocracia soviética una representación «cosificada» del interés colectivo, con intereses individuales «separados de los individuos y usurpados por el Estado», pero a creer en una superación de la burocracia mediante los mecanismos generales de la técnica y la política. Pero estamos lejos de esta fase. «El *hiatus* —en privilegio y en poder— que existe entre la burocracia y la población que está debajo de ella, es aún muy amplio para contribuir a la autopropagación de la primera» (pág. 247). Estamos muy lejos, además, por una tendencia universal, tanto del comunismo como del capitalismo avanzado, hacia la *neutralidad de la técnica* y su instrumentación política. El «espíritu comunista» de hoy se asimila al «espíritu capitalista», por utilizar la técnica como instrumento de dominio y por confiar a una clase privilegiada la «gestión científica de las Empresas» (pág. 255). Es el denominador común de la tecnología. Djilas es, en este sentido, pesimista. No ve salida alguna de los intereses de clase de la burocracia mediante los objetivos de un interés general de la sociedad y la comunidad. Para él el fracaso del marxismo leninismo es definitivo, y una «restauración» es imposible por deterioro definitivo de los principios en su más escueta racionalidad. Es imposible porque la «restauración» misma significaría el retorno al dogma marxista de la «dirección de la acción» fuente de «principios y poderes basados en la obediencia a la ideología». Para Djilas ha sido precisamente esto, la aparición de una clase autoritaria, cargada de privilegios, lo que ha hecho que el comunismo pierda su carácter de ideología universal y ha hecho patente que «las ideas de Marx son irrealizables». Esta clase y la libertad son valores antinómicos. La vigencia de uno implica la muerte de otro.

Distinta sigue siendo la actitud de Garaudy en esta materia. El comunista francés se niega a una ruptura total. Considera la experiencia comunista en Rusia y los otros países, como experiencia típica de países subdesarrollados. El tema de la alienación sigue presente, a través de la vigencia de la burocracia y de la enajenación del hombre en el trabajo asalariado. Garaudy vuelve a Marx, un Marx purificado de la alienación burocrática, al proclamar en *La guerra civil en Francia*: «La Comuna era esencialmente *un gobierno de la clase obrera*, el resultado de la lucha de clases de los productores contra la clase de los acaparadores, *la forma política finalmente encontrada* que consentía realizar la emancipación económica del trabajo.» Pero el modelo para Garaudy, un Garaudy que se rebela y escribe después de mayo de 1968, no es sólo la Comuna de París, cuyo terrible y sangriento fracaso se olvida, sino los «Soviets» de Lenin, que también se olvida que desembocaron en la burocracia stalinista. En efecto, también Lenin habló alguna vez de «la iniciativa que viene de abajo, directa y local, de las masas populares», «del pueblo en armas», de la sustitución «del cuerpo de funcionarios, la burocracia» por el

«poder directo del pueblo mismo». Garaudy cree descubrir la causa del mal en que «al contrario de la *democracia directa*, el poder soviético actual ha vuelto al antiguo *dualismo* burgués» (24). Se trata de la «reconquista de la esperanza». Su principio está expresado en esta forma: el socialismo no es esto. Merece la pena inclinarse sobre las posibilidades de esta esperanza. Vale la pena ver si se trata de una «ilusión», de una utopía o de un simple acto de rebelión y desengaño ante tantos ídolos caídos.

Para ello es preciso volver atrás. Es preciso plantear la cuestión de las razones históricas y de la fundamentación ontológica de la burocracia, cómo signo de la organización social contemporánea, como prerrogativa de la sociedad tecnológica y como característica de la planificación y la división del trabajo. Max Weber fue entre los primeros que definió ampliamente los caracteres de la burocracia. El gran sociólogo alemán colocó la burocracia entre los factores de racionalización de la civilización moderna. La burocracia es, para él, un nuevo tipo de dominación que se inserta entre los varios tipos de dominio que Weber coloca a la base de su sociología política. Al tema se refiere ampliamente Julien Freund (25). Max Weber parte de las manifestaciones concretas de la sociedad industrial. En función de su desarrollo, examina él los síntomas crecientes de la aparición de un nuevo tipo de burocracia, los cambios ontológicos producidos en el mundo del trabajo y la nueva estructura de la organización social moderna. La función de los cambios políticos y de la mentalidad moderna es de gran importancia en la sociología de Weber. El Estado moderno acumula cada vez más las actividades políticas y sociales en los límites de su esfera. Crea una administración racionalizada con funciones cada vez más amplias y más eficientes. La planificación forma parte del fenómeno general de la racionalización de la sociedad política. Aparecen nuevos grupos políticos con carácter dominante. «La dominación (*Herrschaft*) es la manifestación concreta y empírica del poder (*Macht*).» Según Max Weber la diferencia entre dominación y poder es que la primera implica disposición a la obediencia por parte de individuos subordinados y la segunda implica la voluntad exclusiva de un individuo que logra imponer su voluntad contra la resistencia de los demás (26). Tanto la dominación como el poder no son necesariamente políticos. Sólo si se establece un nexo entre «mando y obediencia» se trata de dominación política. Este nexo impone siempre la volun-

(24) GARAUDY: *Reconquête de l'Espoir*, cit., pág. 66.

(25) Cfr. JULIEN FREUND: *Sociologie de Max Weber*, Presses Universitaires, París, 1966, págs. 190 y sig. Cfr. MAX WEBER: *Gesammelte Politische Schriften*, Tübingen, 1958.

(26) MAX WEBER: *Wirtschaft und Gesellschaft*, tomo I, cap. I, XVI, pág. 28 (cfr. FREUND, Loc. cit.).

tad de una minoría. El *pathos* del prestigio es un elemento central en la teoría weberiana del poder. Como se sabe, Weber distingue tres tipos de *dominación* (27): Primero, un tipo de *dominación legal*, de carácter racional, fundada en la creencia de la validez de las normas establecidas racionalmente y en la legitimidad de los jefes elegidos según la ley. Segundo, una *dominación tradicional*, fundada en la vigencia de las tradiciones y en la legitimidad de los detentadores habituales del poder. La tercera, la *dominación carismática* que implica la creencia en el poder personal de un hombre ejemplar dotado de virtudes excepcionales. El ejemplo más típico de dominación legal es, en la interpretación weberiana de Freund, la burocracia.

A ello Weber dedica un análisis llevado a cabo en profundidad. Las características esenciales de la burocracia se identifican en la dominación legal. Más que esto, la tipología actual de dominación legal en el mundo no es otra cosa sino la burocracia misma. Todo lleva a la concepción originaria del derecho. Establecido por vía de concesión o de convención, el derecho adquiere su valor real mediante un procedimiento racional que opera en función de la finalidad o del valor, o de ambos al mismo tiempo. La justicia aplica las normas generales del derecho a los casos individuales. La Administración, a su vez, «tiene por objeto proteger los intereses en los límites de la regla de derecho gracias a órganos instituidos a este efecto». Aquí se revela la esencia de la dominación legal que «consiste en una empresa continua de funciones públicas instituidas por leyes y distribuidas en competencias diferenciadas. La aplicación de estos innumerables Reglamentos exige un cuerpo de funcionarios cualificados que no son propietarios de sus cargos, ni tampoco de los medios de la Administración. Al contrario, ellos son protegidos en el ejercicio de su función por un estatuto. El procedimiento administrativo descansa en el principio de documentos y *dossiers* que son conservados: todas las decisiones, Decretos y ordenanzas son documentos escritos. La forma más típica de la dominación legal es la burocracia.» (28).

* * *

La burocracia nos lleva, en su amplia modernidad, de lleno al principio de la legalidad, tan diferente en su esencia de todo tipo de legitimidad. Su imperio es el de la norma, su estructura es esencialmente fáctica. Naturalmente, como observa Max Weber, siempre ha habido una burocracia, pero no siempre

(27) Cfr. GEORGE USCATESCU: *Aporias del estructuralismo*, cap. «Max Weber». Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1971.

(28) Cfr. FREUND, Op. cit., pág. 201.

la burocracia como expresión de la organización política y social, ha tenido este carácter típico de dominación legal. Egipto, el Imperio romano bajo Diocleciano, la Iglesia católica, China en un determinado período de plenitud de su burocracia celeste, poseyeron una burocracia de carácter «esencialmente patrimonial» según el cual «los funcionarios no disfrutaban las garantías actuales ni una remuneración en especies». La burocracia moderna emana del absolutismo real en función de la economía moderna y sus exigencias. En general se admite que la burocratización de la sociedad moderna ha ido a la par con su democratización. Pero el pueblo ha ido participando cada vez menos en su propia administración confiada a una clase especializada con tendencia a «actuar en la sombra, al abrigo de toda publicidad y, sobre todo, del control de la opinión pública. Esto se explica por el hecho que todo funcionario considera que en cuanto especialista es más apto a resolver los problemas políticos que el profano.» El Estado moderno está íntimamente ligado en su evolución al crecimiento y función específica de la burocracia. Weber se detiene ampliamente en su obra *Wirtschaft und Gesellschaft* en analizar las funciones de la burocracia moderna. Habla de la función y deformación del «Santo Burocratius» y de la enorme carga burocrática en la sociedad de masas. La sociedad de masas no tiene más alternativa que entregarse a la «burocracia» o al «diletantismo». En ella la burocracia es altamente «especializada». Aparece una burocracia formal cuyo desarrollo, *con espíritu* enormemente lúcido, lo es de enormes proporciones en la historia de la sociedad socialista. En esta Sociedad, la burocracia sería más rígida, más formalista, más abstracta y dominante, que en la evolución de la sociedad industrial capitalista. Impersonalidad, formalismo, abstracción, utilitarismo, pragmatismo. Estas son las características de la burocracia en la sociedad de masas.

Pero Weber hace más que definir unas características generales y unas tendencias de la burocracia. Nos concentra en su análisis sus principios, separados en ocho grupos que se conforman a los tipos ideales en cuanto «ensayo para captar las individualidades históricas o sus diferentes elementos en conceptos genéticos».

Estos ocho tipos de principios son resumidos por Freund en el comentario que hace a la sociología de Max Weber. Caracterizada por su impersonalidad esencial, la burocracia es una organización social permanente y estructural. Ella se basa en la «existencia de servicios definidos y competencias rigurosamente determinadas por leyes y reglamentos» con funciones y distribuidas para alcanzar determinados objetivos. Los funcionarios que la integran son protegidos por estatutos especiales, que les garantizan estabilidad y profesionalidad dentro de la organización del Estado. Las funciones son jerarquizadas y estructuradas en un orden monocrático y centralista. La formación de los fun-

cionarios se basa en la especialización, que es también criterio de su selección. Ellos son asalariados fijos y tienen derecho al retiro en función de la jerarquía administrativa. La jerarquía implica control de arriba abajo y disciplina. Criterios objetivos inspiran la subida en el escalafón. Los funcionarios no son propietarios de sus cargos y de los medios de la Administración.

A diferencia de Marx, Weber ve en la «racionalización burocrática» la «característica principal de la sociedad moderna y del capitalismo». Cualquiera que sea el «estatuto de la propiedad de los medios de producción», la burocracia seguirá su curso creciente. No es la socialización de la economía lo esencial de la sociedad moderna. «La necesidad de la organización racional para obtener la producción al mejor coste, subsistiría más allá de la revolución que daría al Estado la propiedad de los instrumentos de producción» (29).

No es Marx, sino Saint-Simon, el precursor de Weber en la definición tecnológica de la sociedad moderna. Max Weber acaba como Saint-Simon y sus seguidores «en desvalorizar la oposición socialismo-capitalismo porque la racionalización burocrática siendo esencial en la sociedad moderna y subsistiendo cualquiera que sea el régimen de propiedad, una modificación de este régimen no constituiría una mutación de la sociedad moderna (30). Max Weber ve en la sociedad socialista la situación límite de la burocracia racional. La inmersión en ella de cualquier función política, su identificación en la política misma, la neutralización de esta misma y el fin de la vocación política. La racionalidad burocrática es un fenómeno emparentado con la acumulación indefinida del capital y el provecho, que Marx denuncia, y con la racionalidad del trabajo y de la Empresa moderna, capitalista o socialista que fuere.

La burocracia ha ido adquiriendo cada vez más los caracteres de una nueva clase social. Ella posee, en efecto, una conciencia de clase y su base no es sólo de índole económica. Se trata de una conciencia que implica, según la fórmula que Max Weber da a la clase social, inspirada en una especie de «*innere Lebenskihsal*» integrada por la idea de prestigio, de valor de su propio poder y de las aspiraciones que animan sus propósitos. En cuanto clase social, la burocracia es, sí, una característica de la sociedad capitalista, pero la han conocido, como hemos visto también otras civilizaciones. En un determinado contexto tradicional, ella recoge tendencias psicológicas e históricas de un tipo histórico nacional específico. Curioso es, en este sentido, el papel histórico de la llamada «burocracia celeste» china cuyas características se han acentuado en la China comunista actual. Stephan Balazs, sociólogo de formación webe-

(29) Cfr. RAYMOND ARON: *Les Etapes de la pensée sociologique*, Gallimard, París, pág. 534.

(30) *Ibid.*, pág. 535.

riana especializado en estudios históricos modernos sobre China, ha analizado con gran erudición y claridad el papel de la «burocracia celeste» en la China histórica y en la China comunista (31). Esta burocracia celeste fue, y es, una burocracia de Estado que garantiza la evolución autónoma de la sociedad china y de su economía. «Si se observa la historia milenaria de la sociedad china, escribe este eminente sinólogo, nos sorprende la constancia, la estabilidad, la perseverancia de un fenómeno que yo quisiera llamar el funcionarismo y cuya expresión más visible es la continuidad ininterrumpida de una clase dirigente de funcionarios letrados.» Esta clase se siente unida por la misma mentalidad, comportamiento, propiedad de recursos económicos, educación, idea del prestigio y del honor. Constituye un régimen monocrático que domina la vida del Estado, que ofrece la siguiente conclusión: «El carácter estatal y el poder absoluto de una burocracia nos parece que constituyen el verdadero denominador común del antiguo y del nuevo régimen de China.» Los modelos históricos vuelven con plena vigencia en el actual nacionalismo de la China de Mao. La constante burocrática del Estado ofrece las bases de la apertura de la actual sociedad china, hacia un humanismo científico y tecnológico que tanto aprecia en sus manifestaciones actuales, un filósofo como Ugo Spirito. En efecto, Spirito opina que a través del comunismo, China «se ha encontrado a sí misma, más allá de las sugerencias de otras civilizaciones europeas y asiáticas, allende los ejemplos de los regímenes comunistas ya realizados» (32). Sin cultura humanista tradicional, la clase dirigente china actual se abre sin reservas a las enseñanzas técnicas y científicas. La ciencia y la vida se identifican hasta «transformar el significado espiritual de la ciencia y la técnica y plantear en otros términos el problema de un diverso humanismo». Mao ve en la ciencia una totalidad espiritual, una identidad entre conocimiento y acción. Fe profunda en la ciencia que China hereda de su tradición transmitida en espíritu ético confuciano por su burocracia celeste.

* * *

Asistimos, como se ve, a un poder creciente de la burocracia en el mundo. Sus causas son diferentes, pero sus objetivos llevan a un fenómeno de curiosa identidad. Ella constituye la estructura del *Leviathan*, de Hobbes, que hoy domina cualquier tipo de organización social. Dentro del *Leviathan* ella cons-

(31) Cfr. STEPHAN BALAZS: *La Bureaucratie céleste, recherches sur l'économie et la Société de la Chine traditionnelle*, Bibliothèque des Sciences Humaines, Gallimard, París, 1968.

(32) Cfr. UGO SPIRITO: *Il Comunismo*, Sansoni, Firenze, 1965, pág. 240.

tituye los resortes de un gran mecanismo funcional, el *magnun artificium*, la «máquina gigante» de Hobbes (33). Es la nueva clase, la nueva burguesía, la tecnoestructura del Estado industrial; ampliamente estudiado por Galbraith, la cual impone el predominio de la acción de grupo sobre todo tipo de acción individual. La tecnoestructura es la organización de grupos dirigentes, cuya aparición está determinada por las exigencias técnicas de la industria moderna, por la «combinación de talentos especializados» que derivan de la tecnología avanzada y de sus exigencias, por la nueva organización, compleja y diversificada del trabajo, por la colectivización del sistema de decisiones en la marcha de la empresa industrial y económica. Toynbee y Galbraith, observan que la condición del trabajador en el Universo de la tecnoestructura tiende a ser la misma, indiferentemente de la ideología del Estado en que está integrado. «Por cuanto la tecnología y la planificación —escribe Galbraith— constituyen el poder de la tecnoestructura, esta última asumirá el poder por doquiera donde ellas —la tecnología y la planificación— serán el rasgo dominante del proceso de la producción» (34). Las tecnoestructuras capitalistas y socialistas participan de la misma tendencia aunque su eficacia y logros sean diferentes.

Al hablar de la nueva clase, que aparece como una casta de funcionarios, Raymond Ruyer reactualiza las ideas de Proudhon, pero alude, también, a la comparación con la clase de los mandarines chinos que componían la burocracia celeste. La nueva clase es una clase burguesa, sin ningún complejo de la burguesía. Son «burgueses que se creen a menudo antiburgueses». A ello se refería Proudhon cuando atacaba a «los curas, intelectuales, magistrados, académicos, periodistas, parlamentarios para quienes el pueblo es siempre el monstruo que se combate y encadena». Es la «clase media» que, según Proudhon, «parece constituir la economía de la sociedad y representa verdaderamente al país». Naturalmente, aquella clase media o burguesía, que socialistas utópicos y marxistas atacaran, ha engendrado la «nueva clase» de hoy que algunos definen como nueva burguesía y que integra la tecnoestructura del Estado industrial avanzado de hoy. Marx hablaba ya de la estructura del Estado burgués, «inmensa organización burocrática», «espantoso cuerpo parasitario». Hoy en día esta organización le espantaría mucho más por sus dimensiones y sus privilegios comparados con las condiciones reales de los trabajadores, más que en ningún sitio en los Estados que se reclaman de la ideología marxista.

(33) Cfr. GEORGE USCATESCU: *Tempo di Utopia*, Cap. «Il Leviathan e l'Utopia Moderna», Ed. Giardini, Pisa, 1967.

(34) JOHN KENNETH GALBRAITH: *The New Industrial State*, Cap. VI sobre «La Tecnoestructura», 1967.

Ruyer comprueba cómo en el Estado socialista este «mecanismo complejo y artificial» que es la burocracia no sólo no desaparece, sino prolifera a un ritmo acelerado. «En el Este, como en el Oeste —escribe Ruyer—, la "nueva clase" prolifera, expresión del mismo fenómeno fundamental: el crecimiento irreversible del Estado político planificador, a la vez *manager* y parásito de la economía. La sola diferencia importante entre el Este y el Oeste es que en el Este el proceso más avanzado, en cierta medida, se ha corregido él mismo. El aparato político y burocrático al ser oficialmente *manager* de la sociedad industrial, actúa, o se esfuerza de tiempo en tiempo en actuar incluso en China en el curso de una fase de "antieconomismo" declarado, como un parásito inteligente, como elemento consciente de su obligación vital para él de hacer prosperar su base. El sistema tiene allí, por tanto, aspectos más sanos en la economía, donde los "directores de fábrica" son, sin embargo, siempre criaturas de los políticos y tiemblan ante ellos; en la política cultural, en la enseñanza, la investigación científica y técnica y el deporte... En el Oeste la "nueva clase", mucho más inconsciente de su propia situación, manifiesta un estado de espíritu de niño mimado y exigente, imaginando que es detentador de una revolución de justicia social y de eficacia técnica superior» (35).

Mientras los desengaños del Este atacan sin reparo la nueva clase de su sociedad, Ruyer concentra todos los males al analizar los rasgos de la nueva burguesía occidental. En su libro *Burocracia y poder socialista*, el polaco Wladislaw Bienkowski opina que la responsabilidad de la clase dirigente socialista es más grave y radical que la del sistema capitalista. La base del razonamiento de la clase dirigente socialista consiste en que «todo lo que ocurre en su país —en la economía, en la vida social, en las formas y contenido de la vida política, en las ciencias y la cultura—, tiene que ser sometido a su control» (36). La responsabilidad total de esta clase de dirigentes aumenta la gravedad de sus errores, el alcance de sus privilegios. Dentro de un sistema nada ocurre fuera del mecanismo del poder. Todo debe producirse dentro de este mecanismo, bajo el control permanente de la clase dirigente. «Es preciso —concluye Bienkowski—, instalar un *homoestato* que mantenga el equilibrio, regule la presión y la temperatura, impida los fenómenos espontáneos e incontrolados. Un problema que, como lo demuestra la experiencia, no ha sido resuelto ni siquiera en fase de laboratorio.» Dentro de su visión pesimista, de la nueva clase burguesa y «oligárgica» occidental, Ruyer separa, sin embargo, la situa-

(35) RAYMOND RUYER: *Eloge de la Société de consommation*, Calmann-Levy, París, 1969, pág. 147.

(36) WLADISLAW BIENKOWSKI: *Burocrazia e Potere socialista*, Laterza, Bari, 1970, página 116.

ción en los Estados Unidos donde la «nueva clase» mantenida por el Estado político constituye una carga económica aún importante, sin ser parasitaria como en Hispanoamérica, Africa y la parte de Europa occidental.

* * *

Pero la dimensión de la nueva clase, burguesa, burocrática, oligárquica y con tendencias económicas parasitarias con respecto a la gran mayoría «silenciosa» de los productores, se debe fijar en el contexto de la nueva organización social del Estado y la sociedad industrial. La mejor perspectiva la ofrece, en este sentido, la situación que se perfila en la sociedad que ya se viene en llamar postindustrial, según un concepto algo arbitrario que se está enraizando en la sociología contemporánea. En realidad se trata, en términos genéricos, de la sociedad tecnológica. Ella nace de la sustitución del ambiente natural tradicional por el *ambiente técnico* (37). En este ambiente, la economía se convierte en una «economía de producción» que se caracteriza por «una producción muy elevada del trabajo humano que completa el empleo de la máquina, de la electricidad, de la electrónica, de la energía nuclear. Es una economía que, además, exige una expansión continua: puesta en marcha de nuevos productos y de nuevos mercados. Contrariamente a la economía de subsistencia, la economía de producción no puede ser estable sin declinar. Su estado natural es dinámico» (Rocher, pág. 107). La economía o sociedad tecnológica tiene tendencia constante a la expansión, es internacional por esencia, se basa en la superproducción que provoca también sus crisis, desemboca «paradójicamente» en la civilización del ocio. Ello implica inversión ingente de capitales, la división constante e ilimitada del trabajo, lleva la producción del sector primario, a los sectores secundarios y terciarios. Su organización es enormemente compleja por su base, multiplicando al infinito las funciones colectivas o individuales. En ella, el universo del trabajo es «organizado, estructurado y dominante» al máximo. Se trata de una sociedad altamente profesionalizada y jerarquizada, a pesar de las tendencias igualitarias que teóricamente la caracterizan. Es, además, una sociedad «altamente burocrática», por cuanto característica es, en ella, la burocracia en el sector público y en el sector privado. La tendencia de esta sociedad, según Friedmann y

(37) Cfr. GUY ROCHER: *L'Organisation sociale*, Editions HMH, Points, París, 1968, páginas 106 y sigs.; GEORGES FRIEDMAN: *Sept Etudes sur s'homme est la Technique*, Gonthier, París, 1966, págs. 205-206; JOHN K. GALBRAITH, Op. cit., ; ALAIN TOURAINE: *La Société post-industrielle*, Ed. Denoël, París, 1969, págs. 68 y sig.

Rocher, que siguen las previsiones de Max Weber también en esta materia, se orienta hacia la *urbanización* universal de la vida.

En la sociedad tecnológica, las clases sociales se definen y emanan de las nuevas «estructuras económicas», «el mundo del trabajo y el conjunto de la organización social». Las clases sociales se definen y cristalizan en la sociedad tecnológica mejor que nunca. «Son —nos dice Rocher— un elemento central de la historia moderna: las clases sociales son el producto directo de una sociedad de producción y de trabajo. Ellas resultan de situaciones económicas diferentes entre los detentadores de los medios de producción y diferentes grupos de trabajadores» (pág. 119). Asociaciones y dirigentes se multiplican cada día más en la sociedad tecnológica, que se torna compleja por su pluralismo de manifestaciones e intereses en pugna. En su interior aparece una nueva clase dirigente dividida en grupos de presión y una nueva clase obrera, con una conciencia y una mentalidad en permanente mutación. El pluralismo se manifiesta en el orden político, social, sindical y económico. A nuevas clases dinámicas corresponden nuevos conflictos. Conflictos que se manifiestan al nivel de las decisiones políticas y de las relaciones inversión-consumo y que ofrecen un campo de acción a los *managers* o «tecnócratas. La tipología del tecnócrata ha sido muy bien definida por Galbraith, como elemento específico del Estado industrial. Los tecnócratas son elementos técnicos de la política, no técnicos puros. Ellos tecnocratizan la política misma a base de una nueva ideología: la tecnocracia. Son la *élite* del poder que rehuye, según Galbraith, la ostentación del capitalismo clásico, que sirve al Estado o al Régimen en el Poder. Gusta «manipular» más que «mandar».

La burocracia culmina en ellos, pero ellos no son burócratas «al estado puro», como los concebía Weber en su tipología de la burocracia moderna. Los tecnócratas acumulan poder de decisión, información y conocimiento. Ellos crean nuevas formas de privilegios y desigualdades. Emulan la producción y el consumo, pero entre ellos y la enorme masa de productores y consumidores se crean cada vez mayores diferencias de poder y de decisión. Ellos se hallan en la cúspide de otras categorías inferiores que integran la nueva burguesía, o la burocracia actual: empleados del Estado y las grandes Empresas, técnicos e ingenieros, y en una escala inferior, y cada vez más ancha, los «nuevos proletarios». Son lo que Rocher llama en otro lugar las «*élites* tecnocráticas» y que, según Max Weber, detentan una autoridad racional-legal. «Más que *élites* de influencia son *élites* de autoridad: ocupan puestos de mando en las jerarquías de carácter burocrático» (38). Origen legal y competencia

(38) Cfr. GUY ROCHER: *Le changement social*, Ed. HMH, Points, París, 1968, páginas 136-137.

político-profesional caracterizan esta nueva clase dirigente dentro del Estado industrial. Las nuevas *élites* poseen una enorme capacidad de decisión histórica en los cambios sociales. Movilidad y dinamismo son los rasgos fundamentales de su acción sobre las colectividades. Esencial es lo que Raymond Aron llama la «movilidad social» que motiva la nueva circulación de las *élites* en la nueva sociedad tecnológica (39). En esta sociedad se tiende hacia una gran homogeneidad e igualdad económicas y unas nuevas formas de grandes desigualdades sociales. Los grupos sociales, con tendencias a devenir grupos de poder, luchan por diferenciarse y singularizarse. Aron acude a las teorías de Pareto, Burnham y Schumpeter, referentes a la definición morfológica y lucha por el poder de las minorías contemporáneas. Aron sostiene que el dinamismo de la sociedad industrial no consiente la existencia de una clase dirigente, sino de varios grupos de poder o presión, que luchan por detentar los resortes del poder y pueden teóricamente tipificarse como clase dirigente.

* * *

La polémica en torno a la cuestión de quién gobierna o va a gobernar la sociedad industrial no ha acabado. Grupos dirigentes pueden gobernar sectores parciales de esta sociedad, como son los Sindicatos, *managers*, emprendedores, agitadores de masas, los gestionarios de los medios de producción, los organizadores, los tecnócratas. Pero no se puede decir que el hombre político profesional y vocacional haya desaparecido. Todos estos grupos coexisten y la característica común a todos es acaso su gradual burocratización. Todos poseen una influencia que se ejerce directa o indirectamente en la política y el poder. Pero «la sociedad industrial definida por sus caracteres económicos y sociales, no implica una determinación unívoca del poder. No existe una terminación unívoca del régimen del Estado por la estructura económico social» (40).

En la sociedad tecnológica, planteada como sociedad de vastas tendencias igualitarias, las diferenciaciones de clases sociales no sólo no desaparecen sino que adquieren formas y dimensiones nuevas. En la sociedad comunista la diferencia entre los dirigentes y la masa de trabajadores es enorme. En la sociedad capitalista avanzada adquiere formas distintas, pero está aún lejos de desaparecer. Lo que distingue la situación en una y otra sociedad es el grado de toma de conciencia de las respectivas situaciones. En la sociedad socialista el mito igualitario no ha desaparecido, aunque la protesta no falta. En la capitalista

(39) Cfr. RAYMOND ARON: *La lutte de classes*, Gallimard, París, 1964.

(40) *Ibid.*, pág. 309.

avanzada, la protesta es la nota característica, enarbolada por los intelectuales que integran las corrientes de la «economofobia». Ante la aparición de la nueva burocracia con conciencia de clase, en ambas sociedades la situación del trabajo y el trabajador adquiere formas absurdas y paradójicas en una sociedad que se define a sí misma como «universo del trabajo». «Los productores —escribe Ruyer— en no importa qué sistema, están ocupados en producir, y la política, en no importa qué sistema, está hecha por políticos profesionales o por "productores" poco extenuados, al abrigo de las preocupaciones mediante una ganancia fija, figuras ornamentales, poco dotadas para una profesión útil, o universitarios que se aburren en su profesión. Los obreros o campesinos, en Rusia, no gobiernan y tienen probablemente menos influencia sobre la política que en el régimen de transición de la Europa occidental. Por doquier, la *intelligentzia* fuerte de sus planes políticos y de ideologías, por doquier la nueva clase, en formación o ya en posesión del poder, tiene costumbres económicas y mentales, concepciones y aptitudes más diferentes a las de los productores. Ella pretende estar de parte de las masas contra los *managers* de la economía, cuyo puesto quisiera tomar. Se alía provisionalmente con los Sindicatos, o mejor con los agitadores sindicales. Pero ella está aún más lejos del pueblo, en su filosofía y su lenguaje, de lo que estaba la vieja burguesía o incluso la vieja aristocracia» (41).

Esta nueva clase, producto de la economía, la producción y el consumo, ha alcanzado, paradójicamente, una conciencia de «economofobia» y «emporiofobia». Es una conciencia que alcanza no sólo a los intelectuales, sino a una amplia capa de tecnólogos y críticos de la economía de consumo y las consecuencias últimas de la economía expansiva de producción a la cual tanto han contribuido ellos mismos. Partícipes de la maldición de esta expansión, estos componentes de la nueva clase se asustan, sin embargo, y claman contra culpables imaginarios, cada vez que el ritmo de la producción se detiene. El nihilismo del tiempo ha penetrado hondamente en sus conciencias. Los creedores de la economía se levantan contra ella en nombre de las ideas humanitarias. Los mandarines de la tecnocracia abandonan su propia ideología ante la demagogia anárquica de los que critican la economía de consumo, sin ofrecer fórmula alguna de recambio. La «paradoja» de los tecnócratas acaba aquí (42). Ante la civilización del trabajo y del ocio, ante el humanismo del trabajo, que pretende realizar la unidad profunda entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, los tecnócratas vuelven a actualizar la filosofía política del Antiguo

(41) Cfr. RUYER: *Eloge*, cit., pág. 149.

(42) Cfr. GEORGES ELGOZY: *Le paradoxe des technocrates*, Denoel, París, 1966, página 26.

Egipto: «Quien realiza trabajos manuales no inspira respeto ni posee brillantez. Ante él no hay otra cosa sino ocupaciones desagradables. Si eres hábil en las escrituras, se hará lo que tú dices. Al escriba pertenecen todos los puestos y él no será nunca pobre.»

JORGE USCATESCU

R É S U M É

La théorie que l'on appelle aujourd'hui la "dialectique de la modernité" doit tenir compte de l'intrusion du phénomène tout puissant de la bureaucratie. Nous assistons dans tout le monde à l'augmentation de son pouvoir sous les régimes les plus divers. Ses causes sont différentes, mais ses objectifs conduisent à un phénomène de curieuse identité. Le phénomène vient de loin et a été perçu déjà à ses origines.

La bureaucratie nous conduit, dans son ample modernité, en plein dans le principe de la légalité, si différent dans son essence de tout autre type de légitimité. Son empire est celui de la règle, sa structure est essentiellement de fait. Comme l'observe Max Weber, il y a toujours eu une bureaucratie, mais la bureaucratie en tant qu'expression de l'organisation politique et sociale n'a pas toujours eu ce caractère typique de domination légale. L'Égypte, l'Empire romain sous Dioclétien, l'Église catholique, la Chine dans une période déterminée de plénitude de sa bureaucratie céleste, ont possédé une bureaucratie de caractère "essentiellement patrimonial" d'après lequel "les fonctionnaires ne jouissaient pas des garanties actuelles, ni de rémunération en espèces". La bureaucratie moderne émane de l'absolutisme réel en fonction de l'économie moderne et de ses exigences. En général il est admis que la bureaucratisation de la société moderne est allée de pair avec sa démocratisation.

Mais le peuple a de moins en moins de participation dans sa propre administration confiée à une classe spécialisée avec tendance à "agir dans l'ombre", à l'abri de toute publicité et surtout du contrôle de l'opinion publique. Ceci s'explique par le fait que tout fonctionnaire considère qu'en étant spécialiste, il est plus apte que le profane à résoudre les problèmes politiques. L'État moderne est intimement lié dans son évolution à la croissance et fonction spécifique de la bureaucratie.

Contrairement à Marx, Weber voit dans la "rationalisation bureaucratique" la "caractéristique principale de la société moderne et du capitalisme". Quel que soit le "status de la propriété des moyens de production" la bureaucratie continuera son cours ascendant. La socialisation de l'économie n'est pas l'essentiel de la société moderne. "La nécessité d'une organisation rationnelle afin

d'obtenir la production au meilleur coût, subsisterait au-delà de la révolution qui donnerait à l'Etat la propriété des instruments de production." Ce ne fut pas Marx sinon Saint-Simon le précurseur de Weber dans la définition technologique de la société moderne. Max Weber, comme Saint-Simon et ses disciples, finit par "dévaloriser l'opposition socialisme-capitalisme, étant donné que la rationalisation bureaucratique étant essentielle dans la société moderne et subsistant indépendamment du régime de propriété, une modification de ce régime ne constituerait pas une mutation de la société moderne. Max Weber voit dans la société socialiste, la situation limite de la bureaucratie rationnelle, l'immersion dans cette dernière de n'importe quelle fonction publique, son identification au sein de la politique même, la neutralisation de celle-ci et la fin de la vocation politique. La rationalité bureaucratique est un phénomène qui peut être apparenté à l'accumulation indéfinie du capital et du bénéfice — que Marx dénonce — et à la rationalité du travail et de l'entreprise moderne, qu'elle soit capitaliste ou socialiste.

La bureaucratie est de plus en plus en train d'acquérir les caractères d'une nouvelle classe sociale. Elle possède, en effet, une conscience de classe et son fondement n'est pas seulement de nature économique. Il s'agit d'une "conscience qui implique", selon la formule de Max Weber appliquée à la classe sociale, inspirée d'une espèce de "innese Lebenschihsal" intégrée à l'idée de prestige, de valeur de son propre pouvoir et des aspirations qui animent ses buts. En tant que classe sociale la bureaucratie est une caractéristique de la société capitaliste, mais, comme nous l'avons vu, l'ont également connue d'autres civilisations. Dans un contexte traditionnel déterminé, elle recueille des tendances psychologiques et historiques de type historico-national spécifique. Dans ce sens, il est curieux d'observer le rôle historique de ladite "bureaucratie céleste" chinoise dont les caractéristiques se sont accentuées dans la Chine communiste actuelle. Stephan Balazs, sociologue de formation wébérienne spécialisé dans les études historiques modernes sur la Chine, a analysé avec grande érudition et clarté le rôle de la "bureaucratie céleste" dans la Chine historique et dans la Chine communiste.

Cette bureaucratie céleste fut et continue à être une bureaucratie d'Etat qui garantit l'évolution autonome de la société chinoise et de son économie. "Si l'on observe l'histoire millénaire de la société chinoise, écrit ce spécialiste en sinologie, nous sommes surpris par la constance, la stabilité, la persévérance d'un phénomène que j'aimerais appeler fonctionnarisme et dont l'expression la plus visible se trouve dans la continuité ininterrompue d'une classe dirigeante de hauts-fonctionnaires." Cette classe se sent unie par la même mentalité, comportement, propriété des ressources économiques, éducation, idée du prestige et de l'honneur. Elle constitue un régime monocratique qui do-

mine la vie de l'Etat, et qui se reflète dans la conclusion suivante: "L'étatisme et le pouvoir absolu d'une bureaucratie nous semble constituer le véritable dénominateur commun de l'ancien et du nouveau régime de la Chine." Les modèles historiques redeviennent actuels dans la Chine nationaliste de Mao. La constante bureaucratique de l'Etat, offre les bases de l'ouverture de l'actuelle société chinoise, vers un humanisme scientifique et technologique, largement apprécié dans ses manifestations actuelles par un philosophe comme Ugo Spirito.

Spirito opine en effet qu'à travers le communisme, la Chine "s'est retrouvée à elle-même, au-delà des suggestions d'autres civilisations européennes et asiatiques, au-delà des exemples des régimes communistes déjà réalisés". Sans culture humaniste traditionnelle, l'actuelle classe dirigeante chinoise s'ouvre sans réserves aux enseignements techniques et scientifiques. La science et la vie s'identifient jusqu'au point de "transformer la signification spirituelle de la science et de la technique et de poser en d'autres termes le problème d'un humanisme différent". Mao voit dans la science une totalité spirituelle, une identité entre connaissance et action. Foi profonde dans la science que la Chine hérite de sa tradition, transmise en esprit éthique confucéen par sa bureaucratie céleste.

S U M M A R Y

A theory of what today has come to be called the "dialectic of modernity" is obliged to bear very much in mind the invading, all-powerful phenomenon of bureaucracy. This phenomenon represents a growing power everywhere, under the most varied political regimes. The causes are various too, but the objectives are, in a final analysis, curiously similar. The phenomenon has now a long history and was in fact recognized at the outset.

Bureaucracy, on its modern scale, leads us straight to the principle of legality, so different in essence from any kind of legitimacy. Its authority is that of the "regulation", its structure essentially "given". Naturally, as Max Weber observes, bureaucracy has been with us always, but bureaucracy as the expression of political and social organization has not always had this typically legal character. Egypt, the Roman Empire under Diocletian, the Catholic Church, China in the heyday of its "celestial bureaucracy"—all had a bureaucracy of an "essentially patrimonial" nature within which "the officials enjoyed neither the present guarantees nor payment in kind". Modern bureaucracy derives from royal absolutism as a function of contemporary economy and its requirements. It is generally admitted that the bureaucratization

of contemporary society has proceeded step by step with its democratization.

The people, however, has had less and less say in its own administration, which has been placed in the hands of a specialized class with a tendency "to act behind the scenes", far from the limelight and free, in particular, from the control of public opinion. This is explained by the fact that every civil servant considers that as a specialist he is better equipped to solve political problems than the layman. The development of the modern State is closely linked to the growth and specific function of the bureaucracy.

As opposed to Marx, Weber sees in "bureaucratic rationalization" the "principal characteristic of modern society and capitalism". Whatever the "statute deciding the ownership of the means of production", bureaucracy will continue to grow. Socialization of the economy is not the essential thing in modern society. "The need for rational organization to obtain production at the best cost would subsist after the revolution that would make the State the owner of the instruments of production." This is not Marx speaking, but Saint-Simon, the precursor of Weber in the technological definition of modern society. Max Weber ends up like Saint-Simon and his followers "by diminishing the importance of the opposition between socialism and capitalism because, since bureaucratic rationalization is essential in modern society and subsists whatever the system of property ownership, a modification of the system would not constitute a deep change in modern society". Max Weber sees in socialist society the furthest limit of rational bureaucracy, in which every political function is immersed, with which politics itself is identified. The result is the neutralization of politics in any true or meaningful true sense. Bureaucratic rationality is a phenomenon to be coupled with the indefinite accumulation of capital and profit, which Marx denounces, and with the rational structure of labour and the modern enterprise, whether capitalist or socialist.

Bureaucracy is acquiring even more characteristics indicative of a new social class. It possesses, in effect, a class consciousness and has more than a purely economic basis. This consciousness, according to Max Weber's definition of social class, is inspired in a kind of *Lebenschicksal* based on the idea of prestige, on the value of its own power and the aims that govern its actions. As a social class bureaucracy is characteristic of capitalist society, but it has been by no means unknown in other civilizations, as we have seen. In a specific traditional context, it reflects psychological and historical trends of the country in question. It is curious, for example, to observe how the features of the ancient "celestial bureaucracy" of China are even more in evidence in the same country under the present communist regime. Stephan Balzs, a sociologist who is a follower of Weber and a specialist in modern Chinese

history, has analyzed with great clarity and erudition the role of the "celestial bureaucracy" in ancient and Communist China.

This heavenly bureaucracy was and is a State bureaucracy that guarantees the autonomous evolution of Chinese society and economy. "If one looks back over the long history of Chinese society", writes this eminent sinologist, "one is surprised by the constancy, the stability and the perseverance of a phenomenon that I would describe as a civil service tradition, of which the most visible expression is the uninterrupted continuity of a ruling class of highly educated civil servants". This class is unified by its common mentality, behaviour, economic resources, education, idea of prestige and of honour. It constitutes a monocratic regime that dominates the life of the States. Conclusion: "The State and the absolute power of a bureaucracy appear to us to constitute the real common denominator of the old and new regimes in China". Historical models reappear in their full colours in the present nationalism of Mao's China. This bureaucratic constant in the State offers the bases for the opening up of contemporary Chinese society to a scientific and technological humanism, so much appreciated in its present manifestation by the philosopher Ugo Spirito.

Spirito is of the opinion that through Communism "China has found herself, on a level beyond the suggestions of other European and Asiatic civilizations, beyond the examples of other already established Communist regimes". Without a traditional humanist culture, the ruling class in China today accepts technical and scientific teachings without reserve. Science and life are identified to the point of "transforming the spiritual meaning of science and technology and posing the problem of a diversified humanism in different terms". Mao sees in science a spiritual whole, an identification of knowledge and action. This deep faith in science is something that China inherits from tradition passed on in an ethical, Confucian spirit by its "celestial bureaucracy".

